Notas críticas

Sociabilidad y megaciudades

Angela Giglia

Sociabilidad, cultura urbana, ciudades globales

EN ESTE TRABAJO SE HACEN ALGUNAS REFLEXIONES en torno al concepto de sociabilidad urbana, con un doble objetivo: reseñar algunas de sus definiciones y discutir su aplicación al estudio de la experiencia urbana en las megaciudades, o ciudades globales. En la primera parte, se estudian los contenidos propios del concepto de sociabilidad en relación con la experiencia del ámbito público urbano (Rossi, 1987), en relación con el concepto de cultura urbana, y con otros conceptos de carácter urbano, tales como urbanidad, civilidad, ciudadanía. En la segunda parte, se estudiará si es posible hablar de sociabilidad urbana en el caso de las megaciudades; de la Ciudad de México en particular. Mediante ejemplos tomados de una experiencia de investigación en la Delegación Tlalpan (México, D. F.), se propone ubicar tres diferentes dimensiones de la sociabilidad en las megaciudades.¹

Es importante definir los conceptos principales, ciudad global y sociabilidad. El concepto de megaciudades, o ciudades globales, se refiere a la definición propuesta por Manuel Castells. Este autor se refiere a las megaciudades como “aglomeraciones de más de 10 millones de habitantes”, que

¹ Este artículo forma parte de los resultados del Proyecto Conacyt *Pueblos, barrios y colonias en dos contextos urbanos de México: el sur del Distrito Federal y Guadalajara*, Coordinado por María Ana Portal, 1998-2001. Cabe decir que este trabajo se refiere principalmente a la experiencia urbana de los sectores medios de la Delegación Tlalpan.

constituyen “los nodos de la economía global y concentran las funciones de dirección, producción y gestión en todo el planeta; el control de los medios de comunicación; el poder de la política real; y la capacidad simbólica de crear y difundir mensajes” (Castells, 1999:437). Es oportuno destacar que Castells incluye explícitamente a la Ciudad de México en esta definición, junto con Tokio, Nueva York, Los Ángeles, Shangay, Buenos Aires, Seúl, Pekin, Rio de Janeiro, y muchas otras. Más adelante se estudiarán otros elementos que permitan definir desde el punto de vista cultural a las ciudades globales.

En cuanto al otro término propuesto, la sociabilidad, se define como “la disposición genérica del ser humano para entablar con los demás algún tipo de relación social” (Gallino, 1993). Cuando se habla de *sociabilidad urbana* se considera en particular a las formas históricas que esta disposición asume en el medio urbano.² En palabras de Todorov, “así como la capacidad de hablar es universal y constitutiva de la humanidad mientras que las lenguas son diversas, la sociabilidad es universal, pero no sus formas” (1995:128).

Volver a pensar la sociabilidad en el ámbito urbano tiene el propósito de regresar a una problemática irresuelta, la de una definición general de *cultura urbana*. Afirmar que “la ciudad es un fenómeno cultural” y que desde siempre las ciudades han sido por excelencia productoras de cultura (Mela, 1996: 131) —como *cultura culta* y como *cultura difusa*—, no resuelve el problema de darles más contenidos al concepto de cultura urbana (Signorelli, 1999; Goode, 1989; Hannerz, 1998; Nivón, 1998:73).³ Sin duda, en la práctica del

² Este trabajo se limita a estudiar la relación entre sociabilidad y espacio urbano —que implica por lo menos virtualmente la relación cara a cara—, y no se considerarán aquellas formas de sociabilidad vinculadas a los medios de comunicación y a la difusión de las redes informáticas, ya que este tipo de sociabilidad, sin copresencia en un mismo espacio, pone problemas específicos.

³ La historia de la antropología urbana es significativa a este respecto. Después de un inicio prometedor, esta disciplina no ha logrado elaborar una definición general de cultura urbana. Un síntoma de esta dificultad de conjugar en la teorización cultura y ciudad, lo constituye el hecho de que en los últimos años la definición de antropología urbana ha sido rebasada por otras más incluyentes y menos ancladas en una definición inequívoca del objeto “cultura urbana”. Cito sólo dos ejemplos de esta tendencia. En los Estados Unidos es conocida la importancia que desde hace diez o quince años han tenido los “estudios culturales”. Éstos incluyen investigaciones de antropología urbana, pero que abarcan también intereses más amplios y representan una suerte de “contaminación” de la perspectiva antropológica con la de otras disciplinas. El otro ejemplo viene de Francia. En la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, algunos de los fundadores de la antropología en el ámbito urbano, Gerard Althabe y sus alumnos, que en los años setenta constituyeron el ERAUI (Equipo de Investigación sobre la Antropología Urbana e Industrial), desde más de diez años han dado vida, junto con otros estudio-

trabajo de investigación en las ciudades, es más fácil encontrar *las culturas* de los pobres, de los jóvenes, de los vendedores ambulantes, de los consumidores, de las minoría étnicas, de los barrios, etc. Las dificultades empiezan cuando se pretende definir en general a “la” cultura urbana.

Con respecto a esta cuestión, la propuesta que se pretende desarrollar en estas páginas cuestiona la especificidad cultural de la realidad urbana mediante la reflexión en torno a la sociabilidad, es decir, de las formas de convivencia y de la interacción cara a cara en el medio urbano. El supuesto es que la reflexión acerca del concepto de sociabilidad y sus manifestaciones en el medio ambiente urbano puede decir algo acerca de ese indefinible objeto que es la cultura urbana. Se eligió este aparente giro largo porque el concepto de cultura urbana padece de cierto “esencialismo”. “Cultura urbana” es una noción que alude a la existencia de una realidad cosificada, ontológicamente evidente y fija, que por eso es imposible de reconocer como tal en los fenómenos urbanos concretos. En cambio, al reflexionar acerca de la sociabilidad urbana, lo que se propone es una definición de tipo situacional y relacional de la experiencia urbana, desde el punto de vista cultural. Se trata de un enfoque que privilegia “los intercambios, las relaciones interindividuales, las interacciones: lo cual significa prioritariamente desprenderse de las visiones esencialistas, esto es, guardar una actitud crítica hacia las categorizaciones etnoculturales, en términos de identidad colectiva, de tradición, etc. [...]” (Althabe-Sélim, 1998:84). Se pretende delimitar *las prácticas* que hacen la ciudad (Signorelli, 1999:85), en lugar de definir una supuesta esencia cultural de lo urbano y luego, a partir de allí, escoger las prácticas urbanas pertinentes. Para quien estudia la cultura en la ciudad, hablar de sociabilidad implica privilegiar el análisis de las formas y de las situaciones de interacción. De esta manera, la investigación en torno a lo imaginario y lo simbólico queda vinculada a las modalidades concretas de compartir el espacio y la experiencia.

Si se define a la cultura como el conjunto de representaciones (ideas, valores, símbolos) y prácticas que mediatizan la relación de los seres humanos con el mundo que los rodea, sin duda la sociabilidad forma parte de la cultura. Sin embargo, a diferencia de los símbolos y de las representaciones que se manifiestan mediante algún tipo de lenguaje al que se puede interro-

sos, al Centro de Antropología de los Mundos Contemporáneos, en el que la denominación de “mundos contemporáneos” rebasa de por sí el problema de definir lo específico cultural de la realidad urbana actual. En ambos casos se trata de dos ejemplos de substitución de la denominación de antropología urbana bajo etiquetas más incluyentes y generales, que permitan moverse con más agilidad en la complejidad de nuestras sociedades.

gar, la sociabilidad es observable en situación, fluye permanentemente en la vida cotidiana mediante códigos de comportamiento totalmente internalizados. Es una característica obvia de lo social que puede pasar desapercibida. Repensar la sociabilidad puede redescubrir un conjunto de fenómenos sólo aparentemente elementales y descuidables, que constituyen el entramado de la vida en la ciudad. La pregunta en torno a la sociabilidad urbana en cuanto “arte de vivir juntos mediado por la ciudad” (Monnet, 1996), permite replantear el tema de la constitución y reproducción del vínculo social por medio del espacio urbano. Entender los cambios actuales en las formas de vivir juntos en las ciudades globales parece un objetivo estratégico hacia una visión no cosificada y más bien procesal del universo cultural urbano.

No se trata de un tema nuevo, al contrario. La sociabilidad en la ciudad ha sido importante en la reflexión acerca de las urbes, desde mucho antes que nacieran las ciencias sociales. Es más, desde el punto de vista de Aristóteles en adelante, la ciudad se origina a partir de la copresencia de seres humanos diferentes (Mela, 1996:131). Desde sus orígenes se ha pensado en la ciudad como en una forma específica —sin duda hasta ahora la más compleja— de establecer, organizar y reproducir la coexistencia entre los seres humanos. En palabras de Nivón “la ciudad fue consecuencia, en primer término, de un proceso institucionalizado de intercambio cultural que se expresó materialmente en el mercado e intercambio de bienes, mas no reducido exclusivamente a esto” (1999:120).

En concreto, ¿a qué se hace referencia cuando se habla de sociabilidad urbana, y cómo ésta se diversifica con respecto a la no urbana? Por ejemplo, en las pláticas de los feligreses fuera de la iglesia del barrio hay sin duda sociabilidad; cuando se compra el periódico y se platica con el vendedor, hay sociabilidad. Pero ¿es esta sociabilidad *urbana*? Lo es en el sentido obvio de que tiene lugar en la urbe, pero ¿es urbana en su contenido? ¿Qué es lo que la hace diferente con respecto a otras, no urbanas? ¿Estos intercambios sociables en espacios públicos, entre personas conocidas, no podrían darse de la misma forma en un pequeño pueblo? Probablemente sí. He aquí otros ejemplos: un hombre desconocido me ayuda a bajar del autobús; una mujer me sonrío al darse cuenta que la estoy mirando mientras ambas esperamos en la cola de una oficina; mi vecino —quien me saluda al cruzarnos en la puerta del condominio— poco después me evita al verme de lejos mientras empujamos nuestros carritos en los pasillos del supermercado. Estos últimos ejemplos se refieren o a interacciones entre personas que no se conocen y sin embargo son capaces de interactuar positivamente entre sí; o a interacciones entre personas que sí se conocen, sin embargo hacen como si no se conocie-

ran. Se tiene aquí un elemento importante para definir la sociabilidad urbana. Es la capacidad de combinar el reconocimiento del otro con la reserva y el distanciamiento, la capacidad de tratar lo desconocido como si fuera uno y lo conocido como si fuera otro. Es una mezcla *sui generis* de lejanía y proximidad, de interés e indiferencia, que hace posible la convivencia pacífica de seres distintos.

En el año 1977, en el texto *Digresiones sobre el extranjero*, Georg Simmel escribe que “la unión entre la proximidad y el alejamiento, que se contiene en todas las relaciones humanas, ha tomado aquí (en el extranjero) una forma que pudiera sintetizarse de este modo: la distancia dentro de la relación significa que lo próximo está lejano, pero el ser extranjero significa que el lejano está próximo” (1977:716-717).⁴ Este texto, citado por algunos estudiosos de la sociabilidad urbana, es uno de los varios obstáculos para pensar este concepto. Como escribe Joseph en su lectura de Simmel, “un espacio público es un espacio en el que el intruso es aceptado, por más que éste no haya encontrado todavía su lugar, y por más que ‘no haya abandonado su libertad de ir y de venir’ ” (Joseph, 1988:46; Simmel, 1977). El extranjero es el ciudadano por excelencia (Joseph, 1983:12). En la ciudad el desconocido es digno de ser tratado civilizadamente (todos son de alguna manera extranjeros en la ciudad) y al mismo tiempo cada quien tiene derecho a ser dejado en paz, a pasar desapercibido, a que se respete su libertad de “ir y venir”, según la definición de Simmel.

Este tipo de sociabilidad —disponible pero reservada, abierta y cerrada al mismo tiempo— ha ocurrido en la ciudad. Sin embargo, actualmente la relación sociabilidad-ciudad pasa por una grave crisis, que hace necesario repensar a partir de qué condiciones es posible actualmente la sociabilidad en las ciudades globales. Las megaciudades aparecen cada vez más como espacios desmedidos, segregados, degradados e inseguros, que imposibilitan esa disposición a relacionarse con el otro llamada sociabilidad. Se está ante una relación paradójica. Por una parte, históricamente sociabilidad y ciudad se implican recíprocamente; pero, por la otra, desde los primeros estudios acerca de la ciudad industrial moderna, esta relación de implicación recíproca se vuelve más problemática, y se complica progresivamente con el crecimiento urbano, hasta llegar a lo que mu-

⁴ “Fue menester que la ciudad hiciera crecer cierto número de comportamientos —y en ese sentido se debería definir la urbanización como un proceso cualitativo, como difusión y expansión de la urbanidad— para que los ritos formales de la corte fueran considerados no como simples vestigios, sino como otras tantas formas de civilidad, es decir, regulaciones de comportamiento en público” (Joseph, 1988, 106).

chos autores describen como un punto de no retorno, el de las ciudades globales.

Si la concentración de individuos diferentes en un ámbito delimitado es el requisito mínimo para que se pueda hablar de sociabilidad urbana, ¿qué sentido tiene este concepto cuando las dimensiones de la ciudad se vuelven inabarcables? ¿Cuándo los límites de la ciudad se expanden y se funden con otras? ¿Qué pasa con la sociabilidad cuando “la humanidad se encamina hacia un mundo de urbanización generalizada”? (Borja-Castells, 1997:11). En las actuales condiciones de expansión mundial de lo urbano, cuando los límites entre lo urbano y lo no-urbano se vuelven borrosos ¿se puede considerar todavía sociabilidad *urbana*? Parafraseando el título de un famoso libro de Touraine, ¿podremos vivir juntos en las ciudades globales? ¿Se puede vivir juntos en un mundo en el que, “ya no sabemos cómo llamar a los otros”?, ya que la definición del otro escapa a cualquier etiqueta (García Canclini, 1999). Y finalmente: ¿qué pueden decir las ciencias sociales acerca de las formas del vivir juntos en las ciudades globales?

Para dilucidar algunas de estas preguntas, se analizará la definición del concepto de sociabilidad para evidenciar sus vínculos con otros conceptos propiamente urbanos; después se estudiará el punto de vista de algunos autores clásicos en torno a la relación sociabilidad-ciudad y a sus dificultades actuales.

Sociabilidad, urbanidad, civilidad, ciudadanía

La elaboración conceptual de la oposición entre sociedad urbana y sociedad rural se remonta al siglo XIX y ocupa una parte importante en los trabajos de los fundadores de las ciencias sociales. Tönnies describe la urbanización como el tránsito de la *communitas*, basada en los vínculos de sangre, a la *societas*, basada en la libre asociación de los individuos y los vínculos selectivos (Tönnies, 1887, cit. en Roncayolo, 1990:82). La ciudad presupone una actitud sociable, mientras que la *communitas* se basa en vínculos “naturales”, adscritos, que definen desde su nacimiento al sujeto y sus relaciones con los demás.

Los principales estudios históricos relativos a lo urbano, coinciden en definir a la ciudad como la forma espacial que por excelencia se asocia al surgimiento y al desarrollo de la *civitas* y de la *res publica*, como formas institucionalizadas que posibilitan la convivencia, el intercambio, el encuentro y el diálogo entre sujetos e intereses diversos (Sioberg, 1960; Weber, 1982; Mumford, 1961; Coulanges 1984; Roncayolo, 1990). “La ciudad, bajo sus

distintas expresiones y en sus diversos contextos sociales ha sido, en alguna medida, sinónimo de diversidad, de pluralidad y de valores y conductas que han recorrido caminos similares a aquellos que conducen a la racionalización y que han desembocado en la sociedad moderna” (Lezama, 1993, 116). Roncayolo menciona que la aparición de la ciudad presupone un conjunto de condiciones precisas, tales como: “producción de un *surplus* agrícola que permita alimentar en todo o en parte a la población urbana; *división del trabajo* que funda la actividad económica de la ciudad y, a su vez, es acentuada por ésta; *especialización y jerarquización* de las tareas” (1990:28, cursivas mías). En suma, la ciudad nace de la diferenciación, la especialización, la interdependencia entre los seres humanos, procesos que implican y al mismo tiempo fomentan la sociabilidad.

Por ser un lugar de aglomeración y de confluencia, la tolerancia de la diversidad y el respeto de la libertad personal están presentes en la ciudad más que en otras formas de asentamiento. Si la ciudad es por definición un punto de encuentro, la sociabilidad es un corolario de la experiencia urbana, al mismo tiempo un requisito y una consecuencia de la vida en la ciudad. Con ésto no se pretende decir que las ciudades no son al mismo tiempo lugares de conflicto, sino al contrario: “en cada época histórica, si la ciudad representa una oportunidad, lo es para algunos más que para otros; si representa un riesgo, tal riesgo es para algunos marginal, para otros amenazador” (Signorelli, 1999:38-39). Sin embargo, incluso los conflictos entre intereses contrapuestos remiten a la sociabilidad y a la idea de la ciudad como “espacio común”, ya que, desde los griegos, “una ciudad que pertenezca a un solo hombre, no es una ciudad” (Sófocles, *Antigone*, cit. en Amendola, 1997:176).

Los principales conceptos etimológicamente emparentados con la ciudad —urbanidad, civilidad, ciudadanía— implican la idea de sociabilidad, ya que todos aluden a campos de relaciones sociales que se ejercen en el medio urbano y que además presuponen y contribuyen a constituir al individuo occidental moderno (Elias, 1982). La aptitud para establecer relaciones con el otro es un ingrediente importante en la definición del tipo ideal de individuo en cuanto ser civilizado, consciente de sí mismo, capaz de dominar sus impulsos y de respetar ciertos patrones de conducta frente a los demás. Elias menciona la estrecha vinculación entre proceso de civilización y experiencia urbana: el proceso de constitución de la “urbanidad” —en cuanto código de comportamiento distintivo que se impone en las cortes de Europa a partir del Renacimiento— incluye elementos tales como el autocontrol, la educación, y la *propreté*, característicos del comportamiento urbano (Elias, 1982). Del Renacimiento en adelante el aprendizaje de las buenas maneras permite ad-

quirir tanto el sentido de la posición social como el dominio de la persona, además de ser un poderoso instrumento para reconocer al otro, su procedencia, su afinidad o distancia con respecto a uno.⁵ Así, la sociabilidad urbana implica por un lado la urbanidad,⁶ en el sentido de código de las buenas maneras y vehículo de la distinción social, y por el otro alude a la civilidad como forma de comportamiento apropiada para estar en el ámbito público, esto es, para compartir la ciudad. “La ciudad es presente, en la tradición clásica de Europa, como el lugar de la cultura, en especial la cultura escrita. Civilidad y civilización, urbanidad y urbano son parientes cercanos; se oponen a la rusticidad” (Roncayolo, 1990:73).

En cuanto al concepto de ciudadanía, éste se encuentra “íntimamente ligado a la forma de régimen democrático, a la constitución de normas y procedimientos que enmarcan la vida cívica, a la delimitación territorial que conforma primero la ciudad y después la nación, al sentimiento de pertenencia que acompaña a la membresía a una comunidad política, al despliegue de *un código de comportamiento* acorde con los derechos y obligaciones establecidos para la participación en el espacio público” (Meyenberg, 1999:10). En suma, “vivir juntos en la ciudad” se relaciona con diversas aptitudes y competencias, que van de los buenos modales (lo que en español se considera

⁵ El concepto de urbanidad aparece por primera vez en el *De civilitate morum puerilium* de Erasmo de Rotterdam, una breve obra pedagógica dedicada a la definición del *externum corporis decorum* (decoro físico exterior) de un adolescente de la época (Elias, 1982). En el proceso de formación del individuo occidental en cuanto ser “civilizado”, según la reconstrucción hecha por Elias, tienen una importancia fundamental la formación y cristalización de determinadas “maneras”, entendidas ya sea como sistemas codificados de comportamientos a seguir en determinadas circunstancias y también como “técnicas del cuerpo” (Mauss, 1965), conjunto de posturas y aptitudes “apropiadas” en diferentes circunstancias.

⁶ Algunos autores franceses usan el término urbanidad como sinónimo de sociabilidad urbana y también como calidad específica del medio urbano. Es el caso de Joseph (1988) y de Monnet (1996), quienes definen a la urbanidad como “el arte de vivir juntos por medio de la ciudad”. Otro geógrafo francés, Levy, prefiere hablar de urbanidad sólo para entender la calidad de lo urbano y reserva el término civilidad para referirse a los campos de los buenos modales (Levy, 1999). A partir de una discusión con Miguel Ángel Aguilar, María Ana Portal, Amparo Sevilla, Virginia Molina y Ernesto Licona en torno a una versión preliminar de este texto, discusión que tuvo lugar en el marco del seminario sobre Cultura y Ciudad en la ENAH, he tratado de desenredar la confusión existente en el uso de estos conceptos, cuando se los traduce literalmente del francés. No cabe duda que existe un parentesco etimológico entre urbano y urbanidad, civilidad, ciudadanía y civilización, pero el español permite actualmente asignar un significado distinto a cada uno de estos términos, evitando superposiciones y confusiones. En español se prefiere usar urbanidad para el ámbito de los buenos modales y las fórmulas de cortesía, y civilidad para indicar las relaciones orientadas por ciertas virtudes cívicas, tales como la tolerancia y el respeto recíproco.

“urbanidad”), al ejercicio de la tolerancia y el respeto recíproco (civildad), a la conciencia de los deberes y derechos, propios y de los demás, y frente a las instituciones (ciudadanía).⁷

La sociabilidad en la ciudad moderna

Para definir la realidad urbana actual Hannertz utiliza el concepto de *serendipia*, que se refiere a la posibilidad, propia de las grandes ciudades, de “encontrar las cosas cuando no las estamos buscando, porque las cosas siempre están a nuestro alrededor” (Hannertz, 1992:263).⁸ La serendipia muestra que la ciudad es sinónimo de oportunidades, de encuentro y de libertad, posibles justamente a partir de cierto “arte de vivir juntos”, que históricamente se caracteriza por asumir formas diferentes, pero que siempre implica cierta modalidad de hacer coexistir las diferencias.

Sin embargo, los análisis clásicos acerca de la ciudad industrial de principios de siglo definen la sociabilidad urbana en términos más bien negativos. Si en toda ciudad la frecuencia de los contactos entre desconocidos impone el uso de ciertas reglas de coexistencia, la modernización, la industrialización y el crecimiento urbano complican el ejercicio de la sociabilidad, hasta volverlo sumamente difícil. Éste es el sentido aparentemente paradójico de la sociabilidad urbana, definible como una “sociabilidad poco sociable”, ya que consiste en buena medida en un arte de “administrar el contacto”. El encuentro en el ámbito público se caracterizaría por ser reservado, superficial, distanciado, desapegado, temporal, efímero. Para Simmel, la actitud superficial, desapegada y desencantada del habitante de la metrópoli sería una reacción a la hiper-estimulación que provoca la ciudad en el individuo, debido a un aumento de sus dimensiones más allá del umbral de lo soportable (Simmel, 1988). Según Wirth, esta actitud escasamente sociable sería una suerte de defensa frente a la acrecentada interdependencia de los roles en la vida urbana, ya que “los contactos en la ciudad pueden efectivamente ser cara a cara, pero no por eso dejan de ser superficiales, efímeros y segmentados”. La indiferencia y la actitud *blasée* que los ciudadanos manifiestan

⁷ Como menciona Joseph, “fue menester que la ciudad hiciera crecer cierto número de comportamientos —y en ese sentido se debería definir la urbanización como un proceso cualitativo, como difusión y expansión de la urbanidad— para que los ritos formales de la corte fueran considerados no como simples vestigios, sino como otras tantas formas de civildad, es decir, regulaciones de comportamiento en público” (Joseph, 1988, 106).

⁸ Esto es posible sólo cuando la densidad demográfica y la diversidad cultural han superado cierto umbral o “masa crítica”, según la expresión usada por este autor.

tan en sus relaciones pueden entonces ser consideradas como dispositivos que inmunizan contra las reivindicaciones personales y los ataques de los demás” (Wirth, 1988:263, *trad. mía*). En la visión de Wirth los riesgos principales para la personalidad del individuo urbano se derivan de la interdependencia, esto es, del hecho de que se necesita a los demás para sobrevivir.

Esa capacidad de mantener la distancia sin evitar el ineludible momento del encuentro constituye, precisamente, la sociabilidad propia de la ciudad moderna en la que predomina el principio de reserva. “El principio de reserva quiere que un actor sea tanto más sociable por cuanto mantiene con sus interlocutores una distancia crítica y conserva la posibilidad de actuar desde un plano de fondo” (Joseph, 1988). La reserva es lo que permite mantener la sociabilidad, lo que hace posible que existan las relaciones. “La reserva no es pues una manera de experimentar el límite, sino que es una manera de fundarlo. Cualesquiera que sean los pactos y las buenas formas, la sociabilidad, en la medida en que es vivida, no es más que el conjunto de las experiencias en virtud de las cuales un actor se encuentra indeciso acerca de los límites respectivos del sí mismo y del otro, de lo que se hace y de lo que no se hace. Esta serie de experiencias define la sociabilidad en el acto. La sociabilidad no es independiente de los códigos y de los territorios ya constituidos sino que los redefine constantemente” (Joseph, 1988:109).

El ejercicio de la sociabilidad urbana es lo que mantiene la posibilidad de la relación, aún en condiciones en las que la copresencia con el otro parece poco deseable. La diversidad y el gran número de interacciones entre desconocidos a las que obliga cotidianamente la ciudad moderna, imponen la estrategia que Goffman define de “inatención de urbanidad”: “ésta consiste en mostrarle al otro que lo ha visto y que está atento a su presencia (él mismo debe hacer lo propio) y, un instante más tarde, distraer la atención para hacerle comprender que no es objeto de una curiosidad o de una intención particular. Al hacer este gesto de cortesía visual, la mirada del primero puede cruzarse con la del otro, sin por ello aceptar un reconocimiento. Cuando el intercambio se desarrolla en la calle, entre dos transeúntes, la inatención de urbanidad toma a veces la siguiente forma: miramos al otro a dos metros aproximadamente; durante ese tiempo se reparten por gestos los dos costados de la calle, luego se bajan los ojos en el momento en que el otro pasa, como si se tratara de un cambio de semáforos. Ése es, probablemente, el menor de los rituales interpersonales, pero es el que regula constantemente nuestros intercambios en sociedad” (Goffman, 1963, cit. en Joseph, 1999:78).

Otro aspecto de la sociabilidad en la ciudad moderna es la posibilidad de “desconectar las representaciones”, según la expresión de Goffman, esto es, actuar papeles diferentes en ámbitos diferentes: aspectos específicos del

ser sociable se manifiestan sólo en ciertos ámbitos. Esta acrecentada diferenciación y fragmentación de las situaciones y de los vínculos sociales está relacionada con la posibilidad de multiplicar las facetas de la identidad, una posibilidad que se ofrece en una medida sin precedente al individuo contemporáneo (Melucci, 1996). Sin embargo, estas diferentes actuaciones —como las diferentes facetas de la identidad del sujeto— no pueden estar totalmente separadas unas de otras, ni tampoco están aisladas de las condiciones materiales, sociales y culturales que cada ciudad ofrece a sus moradores. La sociabilidad no es reducible a la lógica microsociedad de la interacción cara a cara, ya que interactúa continuamente con lo urbano en general, en cuanto conjunto de funciones, infraestructuras y símbolos provistos de una naturaleza propia, diferente en cada ciudad.

En los análisis de Goffman acerca de la presentación del yo y las relaciones en público destacan dos elementos que se van a retomar. El primero considera el carácter intrínsecamente inestable y problemático de la sociabilidad, evidenciando así una preocupación por la fragilidad intrínseca de la integración social, ya mencionada por Simmel. Lugar por excelencia de la sociabilidad, la ciudad revela al mismo tiempo la precariedad del vínculo social, evidenciando la fragilidad del hecho de “vivir juntos” en la sociedad moderna. El otro elemento analítico importante es el relieve puesto en la *situación* de interacción, más que en las características de los sujetos que interactúan.⁹ El individuo en cuanto sujeto social, rol que se ejerce en el ámbito público, no se define “por sí mismo”, por medio de alguna esencia que le sería consustancial. Al contrario, es un resultado de la situación, y su actuación (*performance*) depende del funcionamiento de esta última, lo que Goffman denomina “la credibilidad de la escena”.

Sociabilidad urbana y ciudades globales

¿Cuáles serían las diferencias —o las líneas de continuidad— entre la sociabilidad en la ciudad moderna y en una ciudad global? Y sobre todo, ¿se trata

⁹ En las conclusiones de *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Goffman menciona que “una escena correctamente montada y representada conduce al auditorio a atribuir un ‘sí mismo’ al personaje representado, pero esta atribución —este ‘sí mismo’— es un *producto* de la escena representada, y no una causa de ella. Por lo tanto el ‘sí mismo’ como personaje representado no es algo orgánico que tenga una ubicación específica y cuyo destino fundamental sea nacer, madurar y morir; es un efecto dramático que surge difusamente en la escena representada, y el problema característico, la preocupación decisiva, es saber si se le dará o no crédito” (Goffman, 1981:269).

de una simple diferencia de grado o de sustancia? En otros términos, ¿se debe repensar radicalmente la sociabilidad en las ciudades globales porque sus condiciones de posibilidad se han vuelto diferentes? ¿o se puede usar los mismos conceptos (reserva, serendipia, inatención de urbanidad, civilidad, urbanidad)? Se destacarán algunos elementos para completar la definición de ciudad global.

En la ciudad global, lo que Hannerz califica positivamente como *serendipity*—el encontrar continuamente algo imprevisto, a menudo útil o agradable— puede adquirir un sentido menos positivo y más inquietante. Actualmente “con la excepción de una pequeña elite [...] en todo el mundo las personas sufren una pérdida de control sobre sus vidas, sus entornos, sus puestos de trabajo, sus economías, sus gobiernos, sus países y, en definitiva, sobre el destino de la tierra” (Castells, 1999, vol. 2:92).¹⁰ La experiencia de nuevas dimensiones de las diversidades combinada con la falta generalizada de control sobre lo imprevisto caracteriza la era de la globalización, generando una situación en la que predominan incertidumbre y desconfianza. ¿Qué tipo de ciudad corresponde a esta situación, y la refleja? Según Castells, las ciudades globales se distinguen por “estar conectadas globalmente y *desconectadas localmente*, tanto física como socialmente (cursivas mías)”: es esto lo que “hace de las megaciudades una nueva forma urbana. Una forma urbana que se caracteriza por los vínculos que establece a lo largo de un vasto territorio, si bien con una buena medida de discontinuidad en los patrones del uso del suelo. Las jerarquías funcionales y sociales de las megaciudades están difuminadas y mezcladas desde la perspectiva espacial, se organizan en campamentos atrincherados y están salpicadas de forma desigual por bolsas inesperadas de usos indeseables. Las megaciudades son constelaciones discontinuas de fragmentos espaciales, piezas funcionales y segmentos sociales” (Castells, 1999, vol. 2:438).

El proceso de fragmentación socioespacial propio de las ciudades globales está relacionado con la *exclusión* de sectores sociales cada vez más amplios, variablemente definidos como “indeseables”, *underclass*, marginados, etc. La separación más o menos violenta de estos sectores es entendida por los estudiosos de la exclusión como un síntoma de una *crisis del vínculo social*, en cuanto *crisis de integración* (Paugam, 1996:15; Wacquant, 1996:248-262), que pone seriamente en peligro las condiciones de posibilidad de la sociabilidad y de la convivencia *tout court*. Como en los análisis de la ciudad moderna de principios del siglo xx, los actuales analistas de la realidad urba-

¹⁰ Es lo que Ulrich Beck (1998:65-70) denomina la “sociedad de riesgo mundial”.

na global analizan la pérdida de integración. Hace un siglo, el habitante urbano inventaba una sociabilidad poco sociable para hacer frente al exceso de estimulación y de relaciones. Actualmente es necesario preguntarse si los recursos de la sociabilidad urbana, tales como el principio de reserva y la inatención de urbanidad, tienen sentido en una situación en la que los contactos entre sectores sociales diferentes son evitados mediante la conformación de ámbitos segregados y la puesta en operación de estrategias sistemáticas de elusión en la vida cotidiana, fundamentadas en el miedo que origina la ciudad: miedo al otro, miedo al caos, miedo a lo imprevisto.¹¹ “El ciudadano metropolitano se encuentra bombardeado por señales de peligro. Su miedo es alimentado por los medios, las leyendas metropolitanas, la crónica, las narrativas, y en pequeña medida, por la experiencia personal. El ciudadano asustado intenta vivir dentro de una burbuja protegida en el interior de una ciudad que quisiera igualmente protegida. Se mueve en auto desde su casa blindada hasta el centro comercial igualmente blindado, a la oficina en donde cada desplazamiento es igualmente monitoreado, hasta el club exclusivo o el restaurante donde cada nuevo ingreso es filtrado por las cámaras” (Amenola, 1997:214- 215).

Las tendencias a la separación-segregación en ámbitos especializados conlleva una reducción de sociabilidad en la experiencia urbana en general. En palabras de Lapeyronnie, “el individuo de la ciudad contemporánea es una monada absorbida por los flujos o por las comunidades. En ambos casos se vuelve renuente a todo tipo de relación, a todo tipo de reconocimiento del otro [...] la presencia del otro es una amenaza que es necesario evitar o excluir. Sea porque el otro se debe de reducir a un espejo que confirma la imagen propia, sea porque su libertad perturbaría la estabilidad de uno mismo” (1999:29-30).

En estas nuevas condiciones de la experiencia urbana, ¿qué ámbito queda para la sociabilidad? Cuando “ya no sabemos cómo llamar a los otros”

¹¹ Las estrategias del miedo son importantes para entender la experiencia urbana en la ciudad global. Desastres ecológicos, calamidades naturales y peligros sociales constituyen el pan de todos los días en la vida de Los Ángeles, como lo relata Mike Davis en su libro *Ecología del miedo* (Davis, 1998). El miedo en la ciudad favorece una organización de la experiencia en la que el otro y lo imprevisto suelen ser reducidos, gracias a la puesta en operación de medidas preventivas, que se diferencian por su eficacia y por la cantidad de los recursos necesarios para su funcionamiento en los diferentes sectores sociales y culturales, pero que cada habitante conoce y utiliza: precauciones en las formas de vestir y de moverse, cuidadosa elección de los espacios, los horarios y las rutas, en suma un conjunto de “artes de hacer” tan incorporados que tienden a pasar desapercibidos a la conciencia, cuyo sentido es ya no “vivir juntos”, sino evitar encontrarse.

(García Canclini, 1999), ¿de qué puede servir la sociabilidad urbana y sus expresiones típicas, como la reserva, la separación de los escenarios, las conductas de presentación, la inatención de urbanidad? ¿En cuáles ámbitos o en que condiciones estas modalidades son todavía adecuadas para encarar la realidad urbana? ¿Es cierto, como parece, que en las ciudades globales estas estrategias disminuyen su eficacia y se vuelven insuficientes o inútiles? ¿Cuáles otras modalidades se imponen?

En las ciudades globales, existen cada vez menos ámbitos públicos en el sentido ideal típico. La plaza o la calle, donde cualquiera puede “ir y venir”, se vuelven cada vez menos atractivos a los sectores de población medios y altos que ven en estos lugares una multitud de riesgos incontrolables y para todos aquellos sujetos urbanos que ven en el encuentro imprevisto con distintas personas un agobio más que una oportunidad de la vida urbana. Al mismo tiempo se afirman otros ámbitos, restringidos y selectivos, con acceso filtrado (únicamente en auto; únicamente para los socios; únicamente para quien paga el boleto). La posibilidad de un encuentro inesperado se reduce, mientras crece la posibilidad de encontrarse con la gente como uno. En estas condiciones la sociabilidad urbana, entendida como mezcla *sui generis* de reconocimiento del otro y de reserva, de interés e indiferencia, tiende a perder su sentido. Las personas con las que se es sociable tienden cada vez más a parecerse entre ellas y las situaciones de encuentro se vuelven estereotipadas. La libertad implícita en la posibilidad de “diferenciar las representaciones” disminuye en la medida en que los sujetos interactúan en relaciones cada vez más densas, en las que todos se conocen, o podrían fácilmente llegar a conocerse. El anonimato del *flâneur*, en su paseo extasiado por las calles de París “capital del siglo XIX” según el famoso ensayo de Benjamin; el anonimato en cuanto requisito positivo de la experiencia urbana de la ciudad moderna, como sinónimo de libertad y oportunidad, ha dejado de ser un ingrediente deseable de la experiencia urbana en la ciudad global: es preferible moverse entre gente y lugares conocidos, o por lo menos entre gente y lugares fácilmente reconocibles como apropiados y seguros para uno.

Dimensiones de la sociabilidad en la Ciudad de México

Para estudiar la sociabilidad en la Ciudad de México se proponen tres dimensiones espaciales, o escalas, que —en hipótesis— se caracterizan por modalidades diferentes de sociabilidad. Para describirlas se proponen algunos ejemplos que evidentemente no agotan el panorama de los ámbitos de convivencia en la ciudad, sólo aspiran a ser una propuesta de reflexión. Al analizar la socia-

bilidad presente en las tres diversas escalas se considerarán dos principios propuestos por Goffman, mencionados líneas arriba. Primero, el carácter intrínsecamente precario del vínculo social que se hace posible mediante la sociabilidad; segundo, se considera que son las diferentes situaciones, con sus propiedades distintivas, los puntos de partida para definir las formas de la sociabilidad, y no los sujetos y sus inasibles “esencias”, ya que estos últimos contienen identidades múltiples y a menudo diferentes unas de otras. Sin embargo, hace falta precisar que las dimensiones de la experiencia urbana que se estudiarán a partir del punto de vista de los sectores medios y medio-altos de la ciudad. Otro sería el discurso para los sectores populares que todavía habitan y animan el espacio público urbano.

La primera dimensión es con relación a la ciudad en su conjunto, que ejemplificase mediante la experiencia del *viaje en la ciudad* (García Canclini *et al.*, 1996). La segunda es a escala de la sociabilidad de los *espacios públicos restringidos*, ejemplificada por los centros comerciales, los parques de diversiones, los museos, los supermercados, los lugares de trabajo. Y por último la *sociabilidad local*, propia de los espacios residenciales y sus alrededores, a la dimensión del vecindario, entendida como el espacio transitable a pie en torno a la vivienda. Obviamente, estas dimensiones pueden llegar a mezclarse o a superponerse en situaciones específicas, y la propuesta de distinguir las responde a una inquietud de tipo metodológico.

En la escala del viaje en la ciudad prevalece la experiencia de una *sociabilidad mínima*, reducida a lo indispensable y básicamente orientada a evitar el encuentro, como por ejemplo en la circulación en automóvil o en los medios de transporte. Es esta la escala dominada por el miedo a la ciudad y el miedo al otro, porque es esta la dimensión en la que predomina la coexistencia de lo diferente y la falta de control sobre lo imprevisto. Es en esta dimensión en la que se hacen patentes las distancias sociales, étnicas, económicas, culturales y espaciales. Es aquí donde se propone la experiencia de la ciudad como caos inabarcable, como monstruo, como la apocalipsis incipiente o como escenario del “day after” (la ciudad *postapocalíptica* que menciona Carlos Monsiváis), cuando nos encontramos paralizados en el tráfico, o cuando un percance o un desastre nos desvía de nuestra ruta y nos encontramos manejando en territorios desconocidos. Y también cuando se sale de casa, nos alejamos de nuestro entorno inmediato para emprender un recorrido, aunque sea rutinario, como llegar al trabajo o ir a visitar algún familiar. Cuando se viaja por la ciudad, aun las rutas cotidianas están cargadas de peligros, por lo menos potenciales.¹² En la dimensión del *viaje en la ciudad*, con todo el significado de aventura y de reto personal que el término “viaje” contiene, la sociabilidad es reducida al mínimo y predominan más bien la *evitación* y

la *elusión*. En esta dimensión puede llegar a haber *sociabilidad negativa*, por ejemplo en enfrentamientos entre automovilistas. Las formas más prudentes de no eludir el contacto, tales como la reserva, la inatención de urbanidad, son practicadas, pero no dejan de ser experimentadas como peligrosas. En un alto, se prefiere no mirar a los ojos al automovilista de a lado, así como en el metro o en el autobús se evita mirar a los ojos a los compañeros de tránsito.¹³ Y las veces en que se hace tiene sentido practicar la sociabilidad urbana en cuanto mezcla prudente de reconocimiento y de reserva, de acercamiento y de distanciamiento entre sujetos que se saben recíprocamente anónimos.

La segunda dimensión es la de los que se propone llamar *espacios públicos restringidos* por su tendencia a ser monofuncionales y monosignificantes. Es esta la dimensión más propicia para que se estructuren y se consoliden formas específicas de sociabilidad vinculadas con las características de estos lugares en cuanto espacios que atraen públicos relativamente homogéneos, y donde se realizan actividades especializadas. Aquí, en estos que se proponen como los *nuevos espacios públicos* —muchos de ellos se llaman “Plaza”— siendo en realidad de propiedad privada, predomina el “reconocimiento de conformidad” (Todorov, 1995:120), esto es, un reconocimiento tácito del otro en cuanto “como uno”, por lo menos en cuanto empeñado en las mismas ocupaciones.

En una plaza o en una calle pública se puede encontrar a todo tipo de personas, y al mismo tiempo no se sabe cuáles son las motivaciones y ocupaciones que las llevan a estar o a transitar en ese espacio. Cada quien es libre de ir y venir, y esta libertad de movimiento implica también una relativa libertad en las formas de usar el espacio: se puede fumar, se puede comer, se puede no hacer nada, se puede mirar a los demás. En cambio, en un cen-

¹² Sin embargo, manejar sobre una ruta conocida no es lo mismo que manejar en un recorrido inusual. En el primer caso se conocen las mañas de los semáforos, se sabe en cual carril es conveniente conducir, se conocen los topes, las curvas peligrosas, los puntos en los que el tráfico se detiene, un conjunto de conocimientos que permite ahorrar energías y evitar conflictos con los otros automovilistas. En cambio, cuando no se conoce la ruta, o sólo se conoce en abstracto, por haberla consultado en el mapa, se deben resolver varios problemas: para rebasar ciertos cruceros, para doblar a tiempo en ciertas esquinas, para evitar conducir en una dirección no deseada por el flujo de los coches que impide dirigirnos a donde queremos ir, pero descubrimos cómo hacerlo demasiado tarde.

¹³ Es significativo al respecto —como un síntoma más de la dificultad creciente para manejar la coexistencia de la diversidad— que el sistema de transporte del Metro de la Ciudad de México tiene implementando en todas las líneas vagones para mujeres y niños separados de los hombres, medida que antes era reservada a las horas picos de ciertas líneas.

tro comercial, el ir y venir es menos libre y más nítidamente marcado por límites espaciales y dispositivos de control específicos (retiro del *ticket* para entrar al estacionamiento). Estar adentro define por sí mismo las actividades posibles: comprar, pasar el rato, ir al cine, comer y fumar en los espacios establecidos para estas actividades, y excluye otras. La ventaja es que las actividades permitidas pueden desarrollarse de manera despreocupada y en un ambiente cuyo requisito es la seguridad —siempre relativa— con respecto al afuera. El individuo no es anónimo en la medida en que por el simple hecho de estar allí sus propósitos —y en buena medida los requisitos necesarios para realizarlos—, se encuentran definidos de antemano. Cada quien sabe de entrada por qué los demás frequentadores están allí. Los une un común deseo de participar del mundo del consumo y del esparcimiento, según modalidades recurrentes (palomitas y refresco-película; restaurante-paseo por las tiendas-espacio para los niños; restaurante-compras-café y cigarro). No hay anonimato pero tampoco se prevé que haya encuentro, son lugares para reconocerse tácitamente, tal vez para competir o para imitarse, en la realización de una misma tarea social, la representación en público de su papel de consumidor. En estos lugares es fácil cruzarse con personas conocidas, y con gente parecida en gustos, estilo de vida, nivel socioeconómico. Lo cual tiende a crear una situación que privilegia el control recíproco —y no la libertad personal— como un elemento definitorio de la sociabilidad. En un centro comercial, todos compartimos la expectativa de que nadie infrinja las reglas implícitas de seguridad y de cuidado de las apariencias vigentes en el lugar. No se puede fumar y comer en cualquier sitio, y se procura vestir en forma más que presentable (lo más parecido a lo que se ve en los escaparates).¹⁴ La reserva, la inatención de urbanidad, las conductas de presentación pierden una parte de su función —hacer posible el contacto manteniendo la distancia— en la medida en que de antemano se sabe que se encontrará sólo un cierto tipo de personas, o por lo menos que seguramente no se encontrarán otras categorías de personas, las que quedan excluidas por los dispositivos de acceso y por no ser potenciales consumidores.¹⁵

¹⁴ La sociabilidad en estos lugares nos recuerda por un lado el concepto de “tribalismo urbano” acuñado para definir las categorizaciones socioculturales y las prácticas del reconocimiento entre miembros de la misma tribu en las ciudades mineras de Rodesia del norte (Mitchell, 1980:70).

¹⁵ En un centro comercial es casi imposible encontrar un pordiosero, un indígena, un alcohólico, un loco. Estos individuo existen en la ciudad, la habitan, pero el encuentro con

Sin embargo, lejos de representar una nueva versión de la plaza del pueblo, en la que todos se conocen y se controlan mutuamente, los espacios públicos restringidos se encuentran atravesados por tendencias encontradas, que pueden determinar cambios importantes en sus formas de sociabilidad. Por un lado necesitan cumplir con los estándares de seguridad, homogeneidad y distinción social, que los han vuelto lugares altamente atractivos para las clases medias y altas. Pero, por el otro, su misma lógica de rentabilidad los impulsa a diversificar su oferta y a proponerse como espacios cuyas características rebasan el mero consumo-esparcimiento. En ese sentido se ven impulsados a incrementar y a diversificar su "oferta cultural" dando espacio a exposiciones, conferencias, presentaciones de obras de teatro. De ahí que su público pueda llegar a transformarse en un futuro cercano, recreando tal vez algo más parecido al ámbito público abierto. Surgidos como espacios predominantemente comerciales, tienden a pluralizarse y a satisfacer necesidades cada vez más complejas, como cuando en un mismo lugar se unen la posibilidad de comprar las provisiones para la semana, ir al banco, retirar la ropa de la lavandería, comer comida de otros países, comprar una computadora o un par de lentes de sol y también hacer que jueguen los hijos y distraer a la abuela. No es casual que hayan empezado a aparecer indicios que ponen en crisis la imagen de seguridad que los caracterizaría de antemano, como resulta escuchando relatos metropolitanos y leyendo los avisos que llegan por correo electrónico para alertar sobre supuestos asaltos a mujeres en Santa Fe o en otros grandes centros comerciales. En suma, podría convertirse en ámbitos públicos abiertos, ganando en heterogeneidad y perdiendo en seguridad.

La tercera dimensión es la del espacio local, correspondiente *grosso modo* al *vecindario urbano* (Keller, 1975). Cuando termina el viaje en la ciudad, y nos acercamos a casa, entramos a un espacio de lo conocido-cotidiano en el que las formas de sociabilidad suelen ser diferentes con respecto a los comportamientos de elusión que priman en el "afuera" y al reconocimiento de conformidad de los espacios públicos restringidos. Es esta la dimensión del barrio, de las calles conocidas alrededor a la vivienda, en las que podemos desplazarnos caminado. Es la dimensión de una porción de territorio urbano que se modifica cotidianamente, sin que ello haga pensar que se le está controlando. Se conoce su historia por haberla visto acontecer o por las

ellos pertenece a la dimensión del viaje en la ciudad, se encuentran regularmente en los semáforos y es allí cuando se observa distraídamente a través de los vidrios del coche, compartiendo una mutua incompreensión.

narrativas de otros habitantes. Es la parte de ciudad en la que se siente “como en casa”. A escala del barrio, la sociabilidad posee a menudo caracteres muy diferentes a los de la ciudad. Existe la tendencia a establecer límites físicos evidentes e infranqueables entre el adentro y el afuera. Es el caso de las calles cerradas de las unidades habitacionales, de los condominios horizontales, de los fraccionamientos exclusivos de residencias amuralladas en las lomas de la ciudad. En muchas entradas de calles residenciales o conjuntos habitacionales se pueden leer avisos que dicen “favor de no tocar el cláxon, bebés durmiendo”, “niños jugando, límite de velocidad 10 km”, “no hay estacionamiento para visitantes, por favor no insista”. Estas advertencias indican que se está franqueando un límite más allá del cual cambian las reglas, y se instaura otro régimen de sociabilidad: no el anonimato ni el reconocimiento de conformidad, sino el reconocimiento personal; no la elusión y el desconocimiento, sino al contrario, complejos rituales de saludo acompañados de conversaciones estereotipadas sobre el tiempo, los niños, los perros, el condominio y el trabajo, cuyo objetivo implícito es reiterarse que hay cordialidad, buena disposición y un esfuerzo por personalizar el reconocimiento recíproco, en oposición a lo que pasa en las otras dimensiones de la sociabilidad urbana. En el ámbito local, la sociabilidad cotidiana es la base para que se definan las características de la identidad local, es un requisito para construir la ilusión de habitar un ambiente más seguro, más humano, más sano. No se quiere proponer lo local como un espacio de armonía y comunitarismo. Pero es importante destacar que es en esta dimensión en la que a veces es posible reconstruir microespacios públicos de discusión y de debate, de administración de los bienes comunes, obviamente no exentos de conflictos. Son estos espacios, como lo han demostrado diversas investigaciones (Giglia, 1998; Safa, 1999; Portal, 1997), los que pueden contribuir a mantener en vida —en una escala reducida— una práctica de la sociabilidad como disposición hacia el otro y civilidad.

A manera de conclusión

Para terminar, cabría preguntarse si existen aún, en la Ciudad de México, espacios públicos abiertos, pedazos de ciudad donde sentirse “libres de ir y venir”, o de fijar fugazmente la mirada y sonreír cortésmente —pero distraídamente— a un desconocido, sin miedo a que nos asalte o nos acose. Sin duda existen, basta pensar en ciertas plazas —las auténticas, no comerciales— como el Zócalo capitalino o la plaza de Coyoacán, por citar las dos más importantes. Sin embargo, estos lugares se han convertido cada vez más en

lugares donde la megaciudad multicultural se pone en escena, conforme a las políticas de la imagen urbana, y a las estrategias de diversos actores para producir y reproducir el imaginario ciudadano y reinventar la experiencia urbana. Son significativos al respecto los cambios recientes del zócalo de Tlalpan, que en pocos años ha abandonado su carácter casi provinciano para convertirse en un polo de atracción para las clases medias intelectuales del sur de la ciudad. En suma estos lugares públicos abiertos tienden a convertirse en “vitrinas de la ciudad”. Cabe preguntarse si su carácter de vitrinas no tiende a generar una sociabilidad específica, ligada a la *mise en scene* de ciertos estereotipos ciudadanos y nacionales, en cuanto a estilos de vida y a opciones políticas, por ejemplo.

El estudio de la sociabilidad en una megaciudad como México muestra un panorama segmentado y fragmentado de las formas de “compartir la ciudad” que refleja la experiencia de las megaciudades a nivel mundial (Borja y Castells, 1997). La sociabilidad se especializa y se fragmenta en situaciones y lugares específicos, junto con la disminución de los espacios públicos abiertos y el repliegue en la vida familiar. Entre un lugar y otro, la experiencia del viaje en la ciudad es para muchos una suerte de paréntesis vivida en simbiosis con el coche, hogar-móvil, que nos transporta entre un lugar y otro. “El refugiarse en el hogar — escribe Castells — es una tendencia importante de la nueva sociedad. No obstante no significa el fin de la ciudad. Porque los lugares de trabajo, los colegios, los complejos médicos, las oficinas de servicios al consumidor, las zonas de recreo, las calles comerciales, los centros comerciales, los estadio deportivos y los parques aún existen y existirán, y la gente irá de unos lugares a otros con una movilidad creciente debido precisamente a la flexibilidad recién adquirida por los dispositivos laborales y las redes sociales: a medida que el tiempo se hace más flexible, los lugares se vuelven más singulares, ya que la gente circula entre ellos, con un patrón cada vez más móvil (Castells, vol. 1:431).

Los ejemplos propuestos acerca de las dimensiones de la sociabilidad en la Ciudad de México permiten desmentir las visiones apocalípticas de la sociabilidad en las megaciudades. Sin duda existe una tendencia a eliminar el encuentro y la confrontación con lo diferente. Lo demuestra el hecho de que el carácter multicultural de las megaciudades es un rasgo del que casi no se logra hacer la experiencia directa, salvo en los encuentros más que superficiales que caracterizan la dimensión del viaje en la ciudad, cuando se mira a través de los vidrios la diversa humanidad que puebla las calles, y nos quedamos atónitos frente a la experiencia simultánea de la distancia social y de la proximidad espacial. La experiencia de la diversidad sociocultural se efectúa más en los escenarios producidos por los medios, o en la Internet, en

las narrativas acerca de los crímenes habidos y por haber, en las leyendas metropolitanas, y cada vez menos en la experiencia concreta con el otro, en el ámbito urbano. Se es consciente de habitar la ciudad multicultural, pero la experiencia cotidiana selecciona cautelosamente los parecidos y los ya conocidos como objetos de sociabilidad.

Sin embargo, existen también indicios de recomposición de ámbitos públicos abiertos, tanto en la dimensión del vecindario como en la dimensión de los espacios públicos restringidos. Por lo tanto, investigar la sociabilidad urbana en sus diferentes dimensiones parece una estrategia válida para comprender por medio de otro punto de vista la experiencia urbana de quienes viven la ciudad, y de ahí replantear la interrogación en torno a los procesos de recomposición del espacio público en las megaciudades.

Recibido: octubre, 2000

Revisado: marzo, 2001

Correspondencia: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales/FLACSO-México/Camino al Ajusco núm. 377/Col. Héroes de Padierna/C.P. 14200/México, D. F./Tel: 56 31 78 91 – 56 31 70 16/Fax 56 31 66 09

Bibliografía

- Amendola, Giandomenico (1997), *La città postmoderna*, Bari, Laterza.
- Bahrtdt, Hans Paul (1966), *Elementi di sociologia della città*, Bolonia, Marsilio.
- Borja, J. y M. Castells (1997), *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Barcelona, Taurus.
- Castells, M. (1999), *La era de la información*, vol. 1, *La sociedad red*, Barcelona, Siglo XXI.
- Davis, Mike (1999), *Geografie della paura. Los Angeles: l'immaginario collettivo del disastro*, Milano, Feltrinelli.
- (1998), *Ecologia del mundo*.
- Elias, Norbert (1982), *La civiltà delle buone maniere*, Bolonia, Il Mulino.
- García Canclini, Néstor (1999), *La globalización imaginada*, Barcelona-México, Paydos.
- , Ana Rosas Mantecón y Alejandro Castellanos (1996), *La ciudad de los viajeros*, México, Grijalbo.
- Giglia, Angela (1998), *Vecinos e instituciones. Cultura ciudadana y gestión del espacio compartido*, en Néstor García Canclini, *Modernidad y multiculturalidad. La Ciudad de México a fin de siglo*, vol. 1, México, Grijalbo-UAM.
- Grafmeyer, Yves (1996), *La ségrégation spatiale*, en Serge Paugam (ed.), *L'exclusion. L'état des saviors*, París, La Découverte.

- Hannertz, Ulf (1992), *La complessità culturale. L'organizzazione sociale del significato*, Il, Bolonia, Mulino, *Cultural complexity. Studies in the Social Organization of Meaning*, Nueva York, Columbia University Press.
- Goffman, Erving (1981) (1959), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1963), *Behavior in Public Places*, Nueva York, Free Press.
- Joseph, Isaac (1988) (1984), *El transeúnte y el espacio urbano. Ensayo sobre la dispersión del espacio público*, Buenos Aires, Gedisa.
- (1983), *Le repertoire du citoyen. Explorez la ville*, París, Minuit.
- Mauss, Marcel (1965), *Les techniques du corps, en Sociologie et anthropologie*, P.U.F, París.
- Melucci, Alberto (1996), *The Playing Self*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Meyemberg, Yolanda (1999), "Ciudadanía: cuatro recortes analíticos para aproximarse al concepto", *Perfiles Latino Americanos*, núm. 15, pp. 9-26.
- Monnet, Jerome (1999), *Ponencia presentada al Congreso Territorio y cultura*, Manizales, Colombia, Universidad de Caldas.
- (1996), "Espacio público, comercio y urbanidad en Francia, México y Estados Unidos", *Público-privado: la ciudad desdibujada*, *Alteridades*, año 6, núm. 11.
- Nivón, Eduardo (1999), *Metrópoli y multiculturalidad*, en M. A. Aguilar, C. Cisneros y E. Nivón, *Diversidad, territorio y cultura en la Ciudad de México*, México, UAM-Plaza y Valdes.
- (1998), *Pensar la Ciudad desde la periferia*, tesis de doctorado en Antropología, México, UNAM.
- (1997), "La ciudad vista por la nueva antropología", *Nueva Antropología*, febrero pp. 71-82.
- Paugam, Serge (ed.) (1996), *L'exclusion. L'état des savoirs*, París, La Découverte.
- Portal Ariosa, María Ana (1997), *Ciudadanos desde el pueblo*, México, UAM-Conaculta.
- Roncayolo, Marcel (1990), *La ville et ses territoires*, Paris, Gallimard.
- Rossi, Pietro (ed.) (1987), *Modelli di città*, Turín, Einaudi.
- Safa, Patricia (1999), *Vecinos y vecindarios en la ciudad de México*, México, CIESAS.
- Simmel, Georg (1988) (1947), *La metropoli y la vida mental*, en M. Bassols et alii, *Antología de sociología urbana*, México, UNAM.
- (1977) (1908), *Digresión sobre el extranjero*, en *Estudios sobre las formas de socialización*, Madrid, Revista de Occidente.
- Sjoberg, Gideon (1960), *The Preindustrial City. Past and Present*, Glencoe, Illinois, Free press.
- Mumford, Luis (1961), *The City in History. Its Origin, its Transformations and its Prospects*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich.
- Wacquant, Loïc (1996), *L'underclass urbain dans l'imaginaire social et scientifique américain*, en Paugam, *op. cit.* pp. 248-262.

Weber, Max (1982) (1947), *La ville*, Paris, Aubier Montaigne.

Wirth, Luis (1988) (1938), *Urbanism as a Way of Life*, en M. Bassols *et al.*, *Antología de sociología urbana*, México, UNAM.